



ÉTICA Y UNIDAD DEL SABER*

(Reflexiones para una acción cultural universitaria)

LUIS CLAVELL

En mi opinión nos hallamos en una curva apasionante de la historia, que exige de los universitarios una propuesta cultural positiva y atrayente, que sea adecuada a las necesidades de esta hora y que rompa algunos moldes académicos heredados de la modernidad. Sería triste que, quizá por inercia, no supiésemos responder a las ansias y valores emergentes de esta hora. En este texto ofreceré primero brevemente una interpretación del momento actual. Luego expondré tres propuestas para un potenciamiento del quehacer universitario.

1. *Interpretación de la presente coyuntura cultural*

Desde hace años se ha intensificado la reflexión sobre los cambios culturales que estamos viviendo. Ya Hegel señaló que la interpretación del propio momento histórico es tarea del filósofo, y añadiría yo que todavía más del teólogo. Los acontecimientos de 1989 en Europa central y oriental, y los más recientes de este verano en la Unión Soviética, corroboran de modo muy claro lo que ya el debate filosófico de los últimos años reflejaba: que asistimos a un cambio de época. En este periodo de transición se pueden advertir unos elementos en decadencia y otros que intentan abrirse paso con dificultad.

a) *Ocaso de la modernidad*

De modo general, podemos decir que el proyecto de la modernidad se está agotando. El proyecto de una total modernidad y de una perfecta

* Comunicación presentada en el Congreso de la «Sociedad Internacional Tomás de Aquino» sobre «Ética y sociedad contemporánea», Roma, septiembre 1991.

inmanencia, en la que el sujeto humano se convierte en el artífice único de su propia existencia y en el dueño absoluto del mundo, se está revelando inhumano. Sin duda aparece ahora con claridad que uno de los intentos de conformar de modo inmanentista la sociedad y toda la vida humana —el marxismo— ha sido para muchos millones de personas una de las mayores fuentes de sufrimiento y de frustración que se han dado en toda la historia. El reduccionismo antropológico de concebir al hombre exclusivamente desde un punto de vista material como productor y consumidor no podía aplicarse a la vida diaria sin oprimir a la persona. Quizá para muchos el fracaso del comunismo se limita al campo económico y político. Sin embargo, como ha puesto recientemente de relieve la Encíclica *Centesimus annus*, se trata más bien de un grave error antropológico que se revela ahora en su negatividad.

Se ha repetido muchas veces en los últimos dos años que con todos estos acontecimientos sale vencedora la concepción liberal del hombre, que según algunos significaría la meta más alta del progreso histórico, que habrían de alcanzar antes o después todos los pueblos (estaríamos en el final de la historia, según Fukuyama). Pero la realidad es que también esta ideología liberal manifiesta síntomas de descomposición, en cuanto demuestra su incapacidad de saciar las más profundas aspiraciones del hombre. Un efecto importante de esta ideología es el consumismo, en la que el hombre, paradójicamente como en el marxismo, queda también reducido a un mero productor y consumidor de bienes materiales cada vez más elaborados. El hombre que, según el proyecto cartesiano, se había de convertir en dueño y poseedor de la naturaleza se nos muestra, en el fenómeno del consumismo, esclavo de los productos del mercado, con una notable pérdida de su dignidad y con una preocupante debilitación de su emergencia con respecto al reino animal.

No es cuestión de hacer aquí un examen detallado de la situación, aunque quizá vale la pena señalar el enlace profundo que existe entre los diversos aspectos de la decadencia y disolución moral, tan extendidas en Occidente, y el proyecto inmanentista inaugurado por Descartes y del que las ideologías liberal y marxista no son más que variaciones dentro del mismo filón. Sin querer negar las diferencias, me importa ahora —porque pocos parecen recordarlo— afirmar que se trata de elementos de la misma familia, en cuanto participan de un reduccionismo antropológico sustancialmente idéntico.

b) *Efectos perversos del desarrollo tecnológico*

El alto grado de perfeccionamiento científico y tecnológico está teniendo a lo largo de este siglo un conjunto de consecuencias negativas para el hombre mismo, que no estaban previstas. El optimismo y la confianza

ilimitada en el Progreso (ya es significativo que lo escribiesen con mayúscula) propia de la Ilustración y, después, del positivismo, deja paso cada vez más en nuestro siglo a un horizonte sombrío. Los pensadores dan la voz de alerta ante los riesgos de la técnica en manos de un hombre que ha adelantado tanto en la ciencia de la naturaleza pero que no se conoce a sí mismo.

El peligro de un grave desastre nuclear de dimensiones planetarias ha sido durante decenios un motivo fundado de preocupación. La explotación sin medida de la naturaleza, que tiene su origen en el proyecto cartesiano y en el mecanicismo, ha provocado notables alteraciones en el ambiente físico en el que viven los hombres. La orientación de las investigaciones en el campo de la genética ha creado graves problemas éticos para los que se busca una solución sin estar en posesión, en muchos casos, de los adecuados fundamentos antropológicos. El desarrollo económico, que corre parejo al de la ciencia y de la técnica, ha creado mecanismos férreos en los que se coarta la dignidad de la persona.

No se trata, naturalmente, de un fracaso de la ciencia misma, sino más bien de que los presupuestos metacientíficos o metafísicos que la han dirigido eran inadecuados. El científico siente cada vez con más fuerza que su quehacer no es neutral, sino que tiene, se quiera o no, un carácter ético, profundamente humano. Por eso, advierte la necesidad de una instancia superior o más honda, que no sea puramente subjetiva. En otros términos, podemos decir que se intuye, al menos existencialmente, el error de haber separado la ciencia de la filosofía del ser o metafísica e incluso de haber pretendido suplantarla.

c) *El nihilismo postmoderno*

La crisis del proyecto moderno ha tenido un doble desenlace. Por una parte, ha provocado la aparición de unos valores emergentes, que veremos luego. Por otra, ha conducido a muchos al vacío de sentido, al nihilismo, según el cual no hay valores, no existe una diferencia real entre el bien y el mal, la existencia carece de todo significado. Se trataría de aceptar esta nueva situación en la que el hombre se encuentra sin ningún punto de apoyo y de anular el ansia de sentido. La propuesta es vivir dejándose llevar por las propias tendencias tal como se van presentando en las distintas circunstancias del propio existir. El superhombre de Nietzsche se reduce, en el «pensamiento débil» de Vattimo, a la desaparición del hombre en su especificidad. El sujeto, que ha sido el centro de la modernidad, se disuelve en un polvillo de instintos que adoptan equilibrios diversos a lo largo del tiempo.

Por desgracia, no nos encontramos ante una pura especulación. Aunque no es natural la renuncia a la búsqueda de significado, quizá algunas características de la actual sociedad de consumo permiten a muchas personas trascorrir ciertos periodos de su vida inmersos en este nihilismo de dejarse llevar sin ningún punto de referencia. No sólo en la filosofía, sino también en el cine y en la literatura encontramos obras de gran difusión que reflejan este estilo de vida y a la vez invitan a él. Un cierto escepticismo de fondo y un pesimismo resignado inducen a una existencia nihilista.

Ante esta situación surge, sin embargo, de manera espontánea la pregunta sobre cuánto tiempo puede permanecer un individuo y también una cultura ambiental ajenos a todo significado de su existencia. A mi modo de ver, la vocación trascendente del hombre no puede ser sofocada por un periodo largo, sino que las ansias más profundamente humanas surgirán —y en parte se manifiestan ya— con fuerza renovada.

d) *Una nueva sensibilidad*

Entre los nuevos elementos culturales que se abren paso en nuestros días situaría, en primer lugar, lo que A. Llano ha acuñado como título de un libro suyo: *La nueva sensibilidad*. Ante el predominio asfixiante del binomio Estado de bienestar y mercado, el mundo vital (tomando la expresión husserliana) se rebela de formas variadas. Aparece una sensibilidad que rechaza las consecuencias inhumanas del proyecto moderno. Se difunde una conciencia más viva de la dignidad humana. La defensa de los derechos humanos —si bien con ciertas ambigüedades— pone en movimiento muchedumbres. En los cambios ocurridos en Europa central y oriental hace dos años y en el que se ha producido el pasado mes de agosto en la Unión soviética ha jugado un papel decisivo, no una ideología sino el deseo de libertad, la conciencia de la dignidad humana. Es significativo que hayan sido muchos jóvenes, intelectuales y artistas de diversas tendencias, quienes han luchado unidos en favor del hombre.

Síntomas de esta nueva sensibilidad son también las iniciativas de voluntariado, las organizaciones no gubernamentales, las acciones de solidaridad, etc. que buscan un contacto más inmediato con los problemas de los demás y en general con el bien común. Se sienten más agudamente los defectos de las grandes estructuras, en cuya frialdad se pierde el valor inestimable de la persona. El particular aprecio por el bien de la paz, el cuidado por los problemas ecológicos, los movimientos en favor de la vida, la conciencia de que el mundo laboral debe organizarse más en función del hombre, la defensa de la libertad religiosa, el sentido del derecho a la autodeter-



minación de los pueblos, etc. son otros tantos signos reveladores de la nueva sensibilidad.

e) *La valoración positiva de la religión*

Sin duda en los últimos años asistimos a un proceso de revalorización de la dimensión religiosa del hombre. Aunque está muy extendido el agnosticismo y el materialismo práctico, crece el aprecio y el respeto por la religión. Cuando para muchos la secularización hacía presagiar un declive irreversible del fenómeno religioso, los sociólogos de las más variadas corrientes están ocupados en analizar el hecho del resurgir religioso.

La caída del marxismo, primero entre los intelectuales en los años 70 y luego a partir de los acontecimientos del 89 en el plano político y económico, ha sido una nueva confirmación del drama del humanismo ateo, teorizado por De Lubac y por otros pensadores. Ahora aparece más claramente a los ojos de todos el gran papel jugado por la religión en la defensa del hombre. La liberación de la Europa centrorientales constituye un estímulo para reconquistar la dimensión trascendente de la persona y para pensar las barreras que la libertad personal encuentra en la sociedad consumista.

f) *La vuelta a las raíces de Europa*

Son muchos los que han reconocido públicamente el papel de Juan Pablo II en el resurgir de los valores emergentes que estamos mencionando. Su vida y sus enseñanzas constituyen en cierto modo una propuesta positiva, también de carácter cultural, que atrae a innumerables personas de todo el mundo, sin distinción de religiones. Un elemento importante de esta propuesta es la invitación a no perder la memoria histórica y a redescubrir las raíces de la cultura o de las culturas de los pueblos de Europa. Por encima de la herencia del espíritu especulativo y científico griego, y del genio jurídico y práctico de Roma, destaca en el fondo de lo que hoy es Europa la aportación del cristianismo con su concepción de la persona humana y de su apertura a Dios. Parece que esta conciencia de la propia identidad va en aumento en el mundo de los debates intelectuales.

2. *Algunas propuestas para el quehacer universitario*

Los cambios que estamos viviendo deberían provocar en todos los universitarios la pregunta sobre en qué medida la universidad responde a

las necesidades actuales. Son muchos los que lamentan su excesiva vinculación a las exigencias del mercado y de la burocracia estatal, su falta de agilidad para reformar la propia organización con vistas a las nuevas metas que se presentan, su dependencia de condicionamientos culturales caducados. De ahí que parece necesario intentar abrir, con creatividad, nuevos caminos que afiancen los valores emergentes que hemos mencionado.

a) *Exigencia de respuestas no sectoriales*

En su libro *Después de la virtud*, McIntyre ha indicado con lucidez que uno de los defectos de la situación cultural de hoy es la inconexión entre las ciencias y, en el ámbito universitario, entre las diversas facultades y departamentos. La necesaria especialización en las diversas ciencias no ha sido compensada suficientemente con momentos de síntesis y de integración. El resultado es que se ofrecen a los estudiantes, ya antes de la universidad, un mosaico de visiones fragmentarias de la realidad —en su mayoría del mundo de las ciencias y no de las humanidades— que no facilitan que la persona, que es un todo unitario, pueda orientarse en orden a su realización y perfeccionamiento. De este modo, la síntesis, en quienes de algún modo la realizan, queda en la mayor parte de los casos a merced de una valoración subjetiva. Tampoco la universidad suele cumplir con la función integradora de los conocimientos. Es más, ahí se practica una concentración en un método determinado durante varios años, que puede dificultar o impedir otras dimensiones de la inteligencia.

En parte se han procurado paliar estos excesos con la propuesta de la interdisciplinariedad. Ciertamente es un paso adelante, pero aún insuficiente, porque la suma de aproximaciones sectoriales no hace aparecer necesariamente la totalidad. Los saberes particulares sólo se pueden integrar bien si son armonizados y vistos desde más arriba, desde los dos saberes de totalidad, que son la teología y la filosofía. Sólo desde ahí se puede advertir lo que cada método parcial deja de considerar y ordenar las diversas ciencias al servicio de un progreso plenamente humano. Por eso la universidad —especialmente si tiene una inspiración cristiana— debería conseguir una organización que facilite y refleje la complementariedad entre las ciencias y su orientación a la luz del saber filosófico y teológico. En no pocas ocasiones los mismos filósofos y teólogos se han aislado y han perdido el contacto necesario con los otros saberes. No se trata aquí de ofrecer soluciones concretas —quizá no hay sólo una, sino muchas—, sino de advertir la gravedad del problema. La universidad debe renovarse de modo creativo



si no quiere que el progreso en la línea de un humanismo busque la orientación de modo equívoco fuera del ámbito intelectual.

b) *La unidad entre filosofía y teología*

A la vez parece necesario superar la separación —no la distinción— existente entre los saberes filosófico y teológico. Por una parte, la filosofía no es plenamente saber de totalidad, en cuanto conduce en muchas cuestiones, especialmente antropológicas, a visiones insuficientes, a puntos de misterio que sólo la teología apoyada en la Revelación divina puede iluminar más claramente. Por ejemplo, cuestiones tan importantes desde un punto de vista existencial como el mal moral, el dolor, el desorden en el corazón del hombre, el ansia de salvación, etc., reciben una respuesta muy insuficiente de la filosofía. Se trata de temas vitales tanto desde un punto de vista individual como social. Los graves problemas éticos en el ámbito médico, económico, social o político, que plantea la sociedad contemporánea requieren respuestas convincentes que no sean puramente racionalistas o fideístas, sino el fruto de una colaboración armoniosa entre razón y fe, filosofía y teología.

En este sentido, en un momento en el que se redescubren las raíces cristianas de Europa, me parece sumamente actual la propuesta de Gilson sobre la filosofía cristiana. La Revelación divina ha puesto al filósofo en las mejores condiciones para llevar a cabo un saber de ultimidades y de totalidad. Como ha dicho Pieper, el filósofo no puede desentenderse del hecho de que Dios haya hablado al hombre. Su amor a la sabiduría debe llevarle a buscar la verdad en todos los lugares donde esta se encuentre, sin prejuicios ni exclusiones injustificadas. De hecho, la filosofía se ha nutrido de la teología no sólo en la Edad Media, sino en la antigüedad y en la mayoría de los autores modernos, si bien en este último caso ha sido predominante el influjo de la revolución religiosa y teológica llevada a cabo por Lutero. Sin embargo, no faltan pensadores, también entre los cristianos, que, siguiendo el estilo cartesiano, han querido metódicamente eliminar el influjo de la teología.

Por otra parte, la teología no puede prescindir de la racionalidad filosófica. El saber teológico incluye necesariamente dentro de sí el filosofar, que constituye un instrumento necesario y que se ve con su uso en la teología como elevado y transfigurado. Una teología que pretenda elaborarse de otro modo tiende al fideísmo y se mostrará incapaz de realizar una propuesta adecuada, convincente y atractiva para la situación actual.

Como confirmación de lo que estoy diciendo, se puede recordar, con Gilson, que la mejor filosofía de Santo Tomás de Aquino se halla precisamente en sus obras teológicas.

Tampoco en este punto se trata ahora de dar una solución concreta para organizar las relaciones entre las Facultades de filosofía y de teología en una universidad. Lo que aquí me interesa es señalar la existencia de un problema importante para la coyuntura cultural presente.

c) *La necesidad de una antropología metafísica*

Quizá las dos propuestas indicadas encuentran una mayor concreción, si se considera que nos encontramos en un momento de reduccionismos antropológicos. Los apremiantes problemas éticos de nuestra sociedad no pueden encontrar soluciones adecuadas si no es sobre la base de una antropología de alcance metafísico. Llegar a ver al hombre como un interlocutor de Dios para siempre (C. Cardona, *Metafísica del bien y del mal*) es importante para fundamentar bien la dignidad de la persona y los derechos humanos y para una visión certera de la libertad. En una consideración del hombre como creado por Dios por amor y ordenado a ver y amar a Dios, la libertad aparece como el mayor don recibido de Dios en el orden natural (J. Escrivá de Balaguer) que tiene como acto propio el amor de benevolencia, la donación de sí (Juan Pablo II). Se trata de una libertad que se nutre de la aceptación de la verdad y que no es independiente de ella (cfr. Enc. *Centesimus annus*, passim), de tal modo que se supera el relativismo con el que frecuentemente muchos de nuestro contemporáneos vinculan el respeto a la libertad.

Esta concepción antropológica de carácter metafísico necesita la iluminación teológica no sólo sobre el orden moral (por ej. las consecuencias del pecado original), sino sobre la realidad del hombre elevada a la condición de hijo de Dios en Cristo.

Quizá una visión integral del hombre de este estilo, en la que confluyan los diversos saberes bajo la orientación del saber teológico y filosófico, puede ser una meta para el quehacer univesitario en esta época de transición cultural.

Luis Clavell
Pont. Universidad Urbaniana
ROMA